



El sorteo de ayer

HORAS DE LUZ

EN EL PAIS DE LA TRANPA

Ha terminado el sorteo de la Lotería. Ha presidido el acto un representante de la autoridad. Este señor delegado no ha tenido precisión de lanzar a los ámbitos de la sala la frase de rigor en las modernas tafurrierías: «¡Hagan juego, señores!» El juego estaba ya hecho. Como siempre, las últimas excitaciones, formuladas al despuntar el día, corrieron a cargo de unos golios vocingleros, los más humildes «croupiers» del Tesoro, con sus gritos tradicionales: «Para hoy. ¡El de la suerte! ¡El de los seis millones! ¡Sale hoy!!!»

La presencia del representante de la autoridad en la sala de sorteos se reduce a una simple demostración de cómo es este país de los privilegios. Castiga el Código los juegos de azar: Juego de azar es la Lotería. Pero la administra el Tesoro para su provecho. Es un juego de azar privilegiado. Por eso la preside la autoridad; la misma autoridad que por el imperativo de las leyes tiene el deber de perseguir los demás juegos. Y admitimos que eso sea así; pero no concebimos siquiera que vayan el alcalde de barrio, el teniente de alcalde del distrito ó el comisario de Policía correspondiente á sentarse, como delegados de la autoridad, á la cabecera de la mesa del círculo aristocrático ó de la chirlata inmunda donde los ciudadanos acuden á poner su dinero en trance de perdición. Y aun se dará el caso de que mañana, libres ya de la obsesión en que nos tenía metidos la esperanza en un premio bienhechor que nos sacase de ahogos, venga algún periódico encarándose con las autoridades por su pasividad ante el vicio del juego, olvidándose de que horas antes Empresa, Redacción, personal de administración y de talleres habían lanzado su dinero á una carta; quiere decirse, á un papel representativo de un número del sorteo de la Lotería Nacional, y de que al referir las peripecias del sorteo no se olvidaron de apuntar el nombre de la autoridad que lo presidía, que es tanto como dar al público un sueño de este calibre: «Hubo anoche una gran partida de «bacarrat» en el número tantos de la calle de las Tabernillas.

Llevó las barajas con suma competencia el conocido «croupier» Juan Fernández... Pero es que el abacarrato de la calle de las Tabernillas no lo administra el Tesoro. Por eso la gran timba nacional cae fuera del Código y las timbas particulares dentro del Código.

Hay en España dos instituciones que tienen por bases de sustentación el temperamento y el carácter de los españoles. Por eso se llama á la una Fiesta Nacional y Lotería Nacional á la otra. Ambas son presididas por «la autoridad competente». Ambas, para desaparecer, tendrían que ver antes la desaparición de España y de los españoles. Vivimos de la emoción y de la ilusión. Por eso vamos á los toros. Por eso jugamos á la Lotería. Vamos á los toros y no dejamos de ir aun cuando nos anuncian por adelantado que los toros serán mansurrones y los toreros no se dejarán coger, porque siempre le queda á la esperanza un resquicio y no queremos que después tenga que contarnos el vecino de qué modo un toro berrendo se sintió verdaderamente liera y con qué fatigas los monosabios tuvieron que recoger y recomtar, uno por uno, los intestinos del primer espada. Y jugamos á la Lotería, aunque la realidad nos tenga dicho que es más difícil coger la Luna con las manos que agarrar el premio de los seis millones, porque nuestra concepción de ájsos no tiene enmienda.

Vivimos en un país donde no existe la virtud del ahorro. Y no existe porque no puede existir: primero, por la razón de que nuestro temperamento no nos deja pensar en el día de mañana; segundo, por la razón, mucho más contundente, de que es muy poco lo que tenemos que guardar. Somos pobres; no siempre honrados. Vivimos al día; á veces al día siguiente. En el azar fiamos; ya que no podemos fiar mucho en el propio esfuerzo y nada en el ahorro. Echamos el dinero que nos queda á la Lotería, como podíamos lanzarlo á una carta; y mientras la carta viene ó la bola sale, entornamos los ojos y soñamos. Soñamos dulcemente. Son las horas de luz de los españoles. Una carta maldita; una bola aborrecible, nos harán volver al imperio de la soñobra; esto es, al vivir ahogado, sin redención posible.

Mientras tanto... Esos sueños son un oasis de bendición. El que siente en el estómago las cosquillas de una alimentación ineficaz, sueña con mesas pleróticas, á cuyo lado habrían de parecer juguetes las tan ponderadas de las bodas de Camacho. El que sufre la incansante persecución de la justicia con que le reldaman sus mil y tantos acreedores, se ve trasladado en sueños á un estado de tranquilidad maravillosa, y el sonido de la campanilla, que antes le hiciera palidecer de sobresalto, ahora le arrulla suavemente, dulcificando todavía más su sueño.

¡Oh, Tesoro público, administrador de la mas grande de nuestras timbas, bendito tú eres, que nos alegras la vida, siquiera sea una vez al año, dándonos ocasión de entornar los ojos y soñar placidamente con dichas que no encontramos en la realidad! Bien podemos perdonarte que á cambio de ese momentáneo bien te quedes con nuestro dinero. Yo conocí á un jugador de oficio; cuyo lema era éste: «El dinero es para jugar... y lo que sobre para comer.»

Seguiremos llenando las plazas de toros, aunque el espectáculo nos defraude. Seguiremos agotando la emisión íntegra de billetes de Lotería, aunque la fortuna nos desprecie. Un poco de emoción. Otro poco de ilusión. Un mucho de soñar. Otro mucho de maldecir nuestra mala estrella.

Después veremos cómo nos las arreglamos para comer... Esta es la vida del buen español.

F. AZNAR NAVARRO

ANTES DEL SORTEO

Las trincheras de la paciencia.

La noche fué horriblemente fría para los coleros. Una helada tremenda les ha puesto en peligro de perecer de frío. Suerte que algunas personas piadosas les socorrieron con lumbre y alimentos para contrarrestar los horrores de la temperatura.

El Hotel-Palace, por ejemplo, les guardó por la madrugada unas cuantas cafeterías llenas del confortante y aromático *mokha*, que les supo á gloria. También mandó algunas docenas de me-

días tostadas, que desaparecieron casi como por ensalmo.

El frío apretaba, pero el hambre mucho más.

La cotización de puestos fué misérrima. Del puesto núm. 1, que, como ya dijimos, correspondía á la mujer que vino de Cádiz, se pidieron 15 pesetas.

Pero dudamos de que nadie las diera.

La pobre mujer tenía el propósito de sacar para adquirir un pollino, con el cual ganarse la vida. Pero al fin se quedó de á pie. Nadie la compró el puesto.

El número total de coleros era de 69.

El de desengaños fué mayor.

EL SORTEO

Las primeras horas.

Madrid ha amanecido envuelto en una densa neblina, símbolo de la vaguedad, de la incertidumbre que el *supremo día del azar español* lleva á los corazones de los jugadores á la lotería.

A medida que avanzó la mañana se fué desvaneciendo la niebla, como si también fuera rasgando su tupido velo el misterio de nuestra suerte...

A las diez de la mañana, el Sol, premio mayor del Cosmos, luce espléndido, gozoso de enfocar al gordo, con toda su luz y con todo el aparato escénico de una apoteosis de ilusiones condensadas en una docena de afortunados, que tienen hoy como representante el número de la bola correspondiente al premio de los 6.000.000 de pesetas.

Y esta mañana fría, pero diáfana y agradable, ha llevado á muchos espíritus la alegría de renovación económica tan deseada, mientras que ha hundido en otros la sombra del desengaño...

¡Mal año!

Para la venta de billetes, como para los individuos de la cola, el año ha sido bastante malo.

De una sola lotería sabemos que de unos 115 billetes, ha devuelto al Tesoro más de 60. Y á este tenor habrá ocurrido con otras.

Porque la gente no tiene dinero, ni humor, ni siquiera ganas de oír hablar de la Lotería, abrumada por la carencia de medios y por la serie de tristezas que llueven sobre la Humanidad.

En cuanto á los de la cola, también han sufrido un tremendo desencanto, á pesar de haber agurado tanto la cola hasta las heces.

En el salón.—Recuento de bolas.

A las nueve en punto se abren las puertas del pequeño salón donde se celebra el sorteo, y entra la gente, ansiosa de emociones.

En primera fila toman asiento varias señoras, cuatro de ellas muy puestas de sombrero y muy guapas.

Inmediatamente empezó el recuento de las bolas, operación que este año tiene el adiciente de una novedad en la forma, puesto que se ha inventado un sistema mecánico de realizarlo rápidamente.

Consiste en unos hilos colocados en unos rectángulos de metal, donde van las bolas.

Mediante un sencillo mecanismo, las bolas contenidas en los hilos y suspendidas sobre el jaulón, caen en éste á voluntad de los operadores.

El autor del aparato es el empleado de la casa D. Emilio Ortiz.

Como aparato nuevo y que está todavía sin ensayar, se observan en él algunas deficiencias, y el público, al advertirlo, levanta ruidos de protesta, advirtiéndole á los manipuladores de él que quedan en los hilos en-ganchadas algunas bolas.

Todo se corrige en el acto, y no hay motivo de queja.

La operación termina felizmente.

La Mesa.

Está constituida por los señores siguientes:

Presidente, subdirector de Loterías, D. Alejandro Ruiz de Tejada.

Interventor, D. Fernando López.

Vocal, D. Natalio Muro.

Y los concejales Sres. Colomer y Marco.

Los niños del colegio de San Ildefonso.

Mientras los bombos, repletos de bolas, empiezan á dar vueltas con su ruido infernal y monótono, que adormece, los chicos del colegio de San Ildefonso encargados de cantar números y premios ocupan sus puestos, dispuestos á darnos la emoción del «gordo».

He aquí, especificada con nombres y misión, la lista de los niños:

Primer grupo, tablas primera, séptima y décimatercera: Eugenio Baonza Lázaro, cantar premios; Enrique Martínez Cañas, cantar premios; José Ibáñez Bausill, echar números, y Antonio Asensio Cuesta, echar premios.

Tablas segunda y octava: Isidoro Fernández Menéndez, cantar números; Juan Martínez Gómez, cantar premios; Ricardo Casasola Bermejo, echar números, y Agustín Pérez Iglesias, echar premios.